

CRISTIANISMO NO DENOMINACIONAL—

# ES INNECESARIA UNA EXPLICACIÓN

J. N. Armstrong

La palabra que usó Pedro en su discurso, que declara que el bautismo es «con el fin de» recibir remisión, o perdón, de pecados (Hechos 2.38), es tan inequívoca en significado, y tan libre de ambigüedad, como las palabras españolas «para» y «en». No hay duda de que todos los integrantes de la enorme audiencia de Pedro entendieron que este estaba ofreciendo salvación del pecado bajo las condiciones del arrepentimiento y del bautismo. Ninguno podía haber malinterpretado el significado. Si Pedro hubiera hecho que la palabra *eis* significara «por causa de» o «debido a», esto hubiera sido igual a darle un nuevo significado, un significado que jamás le dio anteriormente ni desde entonces griego alguno. No solamente entendió toda persona de aquella enorme audiencia el inequívoco discurso de Pedro, sino que también por cientos de años después de esta reunión no denominacional que se llevó a cabo en Jerusalén, ni un solo estudiante de idioma, supongo, dejó de entender que, a aquellas almas que preguntaron, Pedro les estaba ofreciendo perdón bajo las dos condiciones mencionadas. Podríamos aventurarnos a aseverar que todo profesor de idioma, por varios cientos de años, así lo enseñó.

El hecho de que al lenguaje se le dio un solo significado por tantos años, es prueba convincente de lo correcto de la interpretación. Su exactitud es sustentada especialmente por el hecho de que esta interpretación guarda armonía con la interpretación dada por los mejores eruditos de hoy día...

Uno puede ser miembro de una denominación y no creer ni enseñar esta doctrina bíblica. No obstante, ¿podrá uno ser sencillamente cristiano—cristiano no denominacional, cristiano como Pedro— y no creer ni enseñar lo que la Biblia dice?

Hemos hecho énfasis en la obra que se hizo en esta reunión llevada a cabo en Jerusalén, porque nuestro Señor desea que Sus seguidores hablen las

mismas verdades y que estén perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. No hay razón que justifique la división relacionada con estos importantes asuntos tratados en Jerusalén. El dividirnos en partidos por ellos es inexcusable y demuestra que somos infieles a nuestro Señor. Hemos hecho énfasis especialmente en el propósito del bautismo tal como se enseñó en esta primera reunión llevada a cabo por apóstoles inspirados guiados por el Espíritu, recién venido del cielo, y lo hemos hecho porque personas de corazón recto han construido una «bifurcación» en el camino, en este punto, y se han separado. Aunque no haya razón bíblica para la división en este punto, tal vez haya alguna clara excusa para ella.

Todas las personas de corazón recto sostienen que a los pecadores hay que enseñarles acerca de Jesús y demostrarles que Él es el Salvador de los hombres, que Él murió por ellos y se levantó de nuevo y que ha sido hecho Rey de reyes y Señor de señores. Estas personas también coinciden en que este conocimiento del Señor crucificado y resucitado debe conmover el corazón de los que no son salvos, al punto que estos lleguen a estar compungidos por sus pecados y a darse cuenta de que están perdidos. También coinciden en que estos que han creído y cuyo corazón ha sido compungido, deben arrepentirse—es decir, desechar su antiguo estilo de vida, apartarse de los pecados— y resolver de todo corazón y en su voluntad que van a seguir a Jesús como Señor que Él es, se van a someter a Él cumpliendo el divino mandamiento del bautismo. Se coincide también en que esta fe de las almas no salvas, sumada a la tristeza según Dios que produce arrepentimiento, lleva a la persona a confiar totalmente en la capacidad de Jesús para salvarle. Se coincide en que el arrepentimiento es el resultado de saber «ciertísimamente» que Jesús es Señor y Cristo. Por medio de la tristeza

según Dios y el arrepentimiento producido por el conocimiento de Cristo, el alma entra en un estado de confianza en nuestro Padre y en el Señor Jesucristo, y aprende a depender de Éstos. El alma que está en este estado es un espíritu quebrantado, y al igual que Saulo de Tarso, dice: «¿Qué haré, Señor?» (Hechos 22.10). Este espíritu quebrantado y contristado es un alma verdaderamente convertida, dispuesta a hacer todo lo que el Señor desea.

¿Qué más diremos? Las personas de corazón recto, leales a Jesús, que han coincidido hasta este punto, ¿se separarán en partidos por el tema del bautismo? ¿Cómo es posible que lo hagan, cuando Jesús les ruega que no haya divisiones entre ellos? Precisamente a esas almas descritas anteriormente, Pedro les dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados [...]» (Hechos 2.38b). Cuando el espíritu de Saulo fue quebrantado y él se abandonó completamente al Señor, esto fue lo que le dijo Ananías: «Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre» (Hechos 22.16b). ¿Estaremos dispuestos a decirles a otros espíritus quebrantados —a almas que por fe, tristeza según Dios y arrepentimiento, han entrado en un estado de confianza en Dios y en Cristo— exactamente las

mismas palabras que los maestros inspirados les dijeron a almas en ese mismo estado, y a dejarlo allí?

¿Teme usted perder su partido? ¿Ama usted a su partido más que a la unión de los santos? ¿Prefiere usted aferrarse a su partido antes que agradar a Jesús? Estoy dispuesto a presentarle al espíritu quebrantado, que se ha sometido, las mismas palabras que el Espíritu Santo dijo en relación con su deber para con el bautismo. Estoy dispuesto a arriesgarme a que tal espíritu quebrantado lo entienda o no. Por cientos de años, ni una sola alma ha sido incapaz de entenderlo.

¿Sostiene usted una teoría que depende de una compleja explicación de palabras tan sencillas? La única excusa para la división en este punto, es la devoción al denominacionalismo. Los cristianos jamás podrán ser uno, a Jesús jamás se le podrá agradar, y la oración de Él jamás podrá ser contestada en el denominacionalismo, ni por medio de este. Debemos escoger entre los dos. «Escogeos hoy a quién sirváis» (Josué 24.15b). Las personas de corazón leal van a tener que renunciar al denominacionalismo. El ser cristianos —únicamente cristianos, nada menos y nada más— constituye la más grande oportunidad que se les haya presentado a corazones humanos. ■

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS